

las de la marina: la carta ó mapa de las costas de Túnez, ha venido á completar, desde la expedición de 1881, nuestros datos sobre el litoral del Mediterráneo.

Mal que les pese á los que admiran todo lo que hacen los ingleses y los alemanes, Francia está á la cabeza de todas las naciones, en cuanto al establecimiento de mapas marinos, y más adelante veremos que no está á la cola en cuanto á mapas continentales.

Hubiérase querido agrupar tipos de barcos acorazados y de torpederos; pero faltaba espacio. La artillería de la marina de guerra, sobre todo, representada en las exposiciones particulares, no tiene tampoco un puesto enorme. El Ministerio de la calle Real, reconociendo la hospitalidad que le ofrecía el Ministerio de la calle de Santo Domingo y descontento acaso de no haber obtenido créditos especiales, ha sido muy reservado, tal vez demasiado.

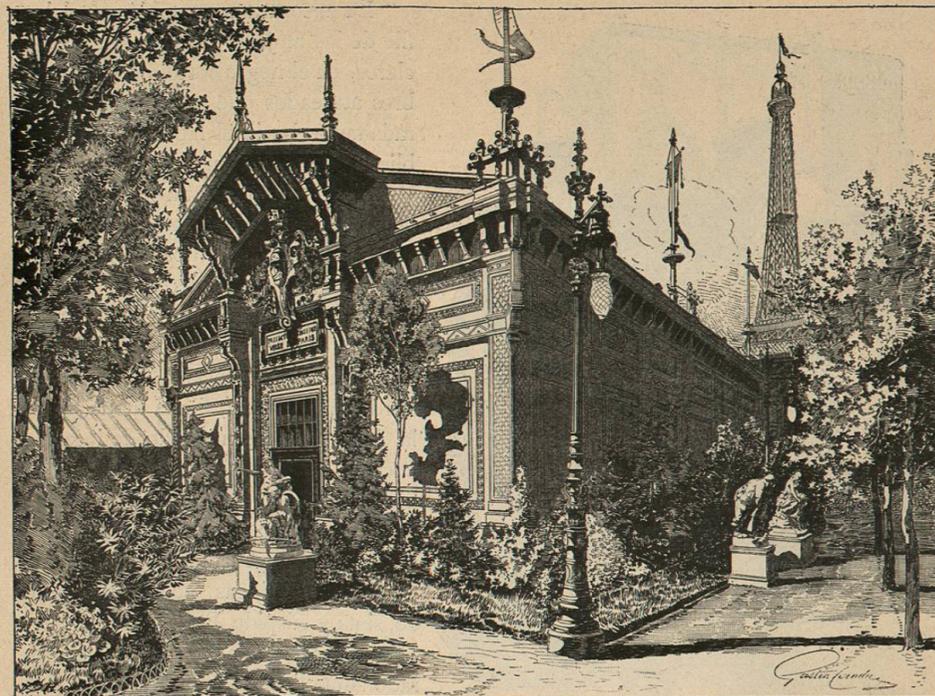
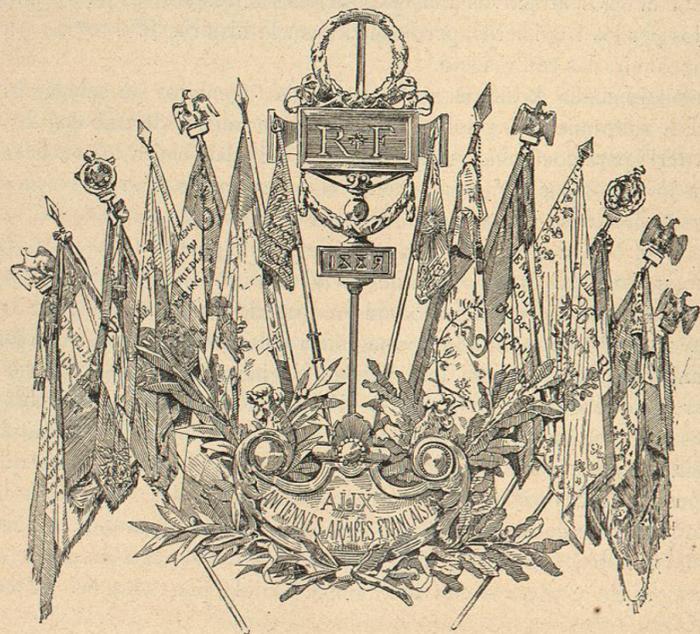
De otro modo, hubiera podido darnos un resumen de los trabajos y de los productos de su fábrica de fundición de Ruelle, mientras se ha contentado con producir una vista diorámica de su campo de experimentos de Saint Servan.

Lo que nos ha ofrecido es en verdad bien poco, en comparación de lo que le era posible hacer; pero se le han negado los medios, cuando se prodigaban á otros.

En esta primera visita, que hemos repetido muchas veces, hemos recogido siempre la misma impresión en la multitud, una admiración inconsciente por el cañón, por lo brutal. Aquí el instinto de la multitud es bueno y exacto: la victoria será para el general que sepa emplear más rápidamente en buena posición el mayor número de cañones, impidiendo así á la artillería del enemigo que tome estas ventajas.

JULIO RICHARD.

(Se continuará.)



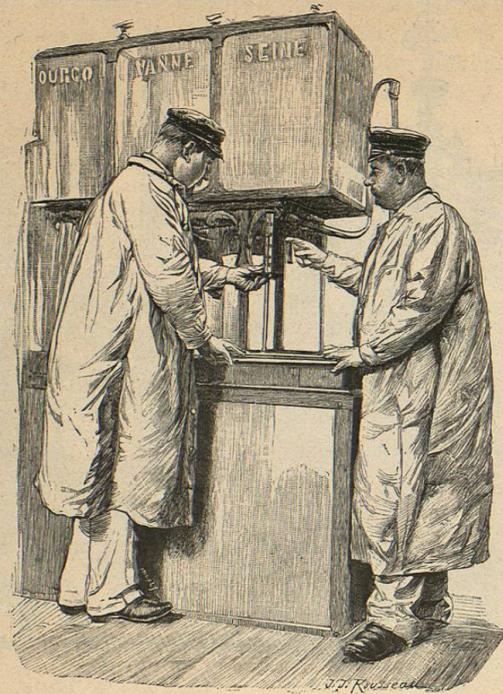
Uno de los pabellones de la ciudad de París

## LOS PABELLONES DE LA CIUDAD DE PARIS

Delante del dombo central y perpendicularmente al Palacio de las Industrias varias, se extienden dos abigarrados cobertizos sobre líneas paralelas reservando entre sí un vasto cespedal y un amplio acceso á la galería de los pórticos.

Se asegura que la exposición de la ciudad de París está en estos dos pabellones; pero ¿no es restringirla sobre manera? La exposición de la ciudad de París está allí, porque está en todas partes. Está en los recintos análogos del Trocadero, del Campo de Marte, de la Explanada de los Inválidos; está en la línea de los bulevares, en la intrincada red de las calles, en el curso del Sena, encuadrado de verdura, en las iglesias, en los palacios, en los casucos, en el viejo París, en el París nuevo, en la calle Rembrandt y en la calle Mouffetard, en la Butte-aux-Cailles, en el parque Monceau. Está en la cuenca de La Villette, prodigioso puerto interior cuyo tonelaje supera al de Marsella, el del Havre, el de Burdeos, y está igualmente en el estanque de las Tullerías, donde capitanes de seis años siguen desde la orilla la marcha aventurera de diminutas goletas. Llena el inmenso óvalo circunscrito por las fortificaciones.

Está en el vaivén de los hombres y de las cosas, en el sueño de las obras de arte acumuladas en el Louvre, en el museo de Cluny y en el de Luxemburgo, y en el gabinete de las Artes decorativas. ¿No está igualmente en el Mercado, en la Bolsa, en la Cámara, donde quiera que se vive, donde quiera que se grita?



Las aguas de la ciudad

de Buena Esperanza una idea neta. Pero en la infinita diversidad de elementos que constituyen á París, ¿cuáles podrán tomarse para figurar su carácter y su obra?

La Exposición está en París; París no está en la Exposición.

La Exposición universal internacional de 1889 es obra de la ciudad de París. ¿Quién ha creado ese cuadro vibrante y armonioso, ese decorado tan propio de un espectáculo de algunos meses, esa súbita y maravillosa improvisación? Son esos mismos hombres, que continuando actualmente la obra de Felipe Augusto, de Carlos V, de Francisco I, de Enrique IV, de Luis XIV y de los dos Napoleones, rehacen la ciudad para uso de los hombres nuevos y á nuevas exigencias la apropian.

El director general de los trabajos de la Exposición es M. Alphand, que será después llamado el *Parisiense*, porque su obra formará sin duda época en la historia de París. ¿A quién más encontramos en torno de él en las agencias que él dirige? Sus ayudantes ordinarios, arquitectos, ingenieros que tienen el hábito de comprenderlo: Bouvard, el autor del Domo; Formigé, el autor del palacio de las Artes. ¿No deben figurar en la exposición de la ciudad esas obras que hacen tan alto elogio de la Dirección general de los trabajos?

Esos edificios y parques á cuya erección y conservación han colaborado hombres como Huet, Delion, Mallevoue, Bechmann, Laforcade y otros muchos más que deberíamos citar, atestiguan que si los colaboradores que M. Alphand ha sabido elegir se limitan en tiempo ordinario á poblar la ciudad de escuelas y concejos, saben también en su ocasión hacer maravillas, como edificar ese gran domo que parece ser el templo de la luz, casar

La encontramos también en el desfile de las mujeres vestidas de colores claros, en el negro cortejo de los hombres atareados que se dirigen apresuradamente hacia el laboratorio, la biblioteca, el almacén.

Está en los mil y un contrastes de la prodigiosa ciudad, madre de las elegancias y reina del trabajo, refinada y brutal, ociosa y asendereada, millonaria y mendiga, religiosa y atea, capital de un país perturbado que dicta las leyes de la razón, proclama la víspera la verdad de mañana, fija la moda, regula el gusto, tiene mercado de ingenio, encanta al universo con su esplendor literario, artístico y musical, y admira con la riqueza de su producción lo mismo que con la sencillez de su genio.

Tienda de ideas, posada del mundo, sima y cúspide, París no se resume. Dos mulatas y una taza de café azucarado simbolizan bien la Martinica. Un fardo de lana, diamantes amarillos y un frasco de Constanza dan del Cabo

el barro cocido con el hierro, levantar esas azules cúpulas inéditas, improvisar un parque de inesperados horizontes, distribuir las aguas con acierto y diseminar en este considerable conjunto de palacios y galerías, de jardines y fuentes, una admirable armonía.

Si los autores de estas sorpresas no lo son siempre de obras maestras, no es el genio lo que les falta ciertamente; es que el consejo municipal se muestra á veces rebelde á soltar los cordones de la bolsa. Sin ninguna duda, M. Gravigny, que ha hecho sus pruebas en otras partes y se ha ocupado particularmente en los pabellones de la ciudad en el Campo de Marte, habría llegado siempre á lo magnífico; pero ha tenido que resignarse á no hacer más que lo estrictamente necesario, dado el modesto crédito puesto á su disposición. Aquí ha sido sacrificado el arquitecto, no ya á una idea, á un principio, sino al antiguo refrán que dice: en casa de herrero, asador de palo.

Nuestro fastuoso consejo municipal ha tenido á bien ser modesto en esta ocasión y aun exagerar su modestia. Hubiera podido tener dos palacios y se ha contentado con dos tinglados. Por lo demás, hagamos constar que son grandes y que están bien arreglados.

Abrazando la verdadera Exposición de París toda la ciudad, no debe esperarse encontrar en estos pabellones más que una especie de sumario, un dato incompleto de las preocupaciones que dominan la administración municipal.

Estas preocupaciones son de dos clases: las unas responden á nuestras exigencias materiales; las otras á nuestras necesidades morales. Examinemos ante todo las primeras.

Los administradores de la ciudad, siguiendo en esto las tradiciones del conde de Rambuteau y del barón Haussmann, piensan que conviene poner á los habitantes de París en estado ó situación de vivir.

Las imperiosas necesidades de fines de siglo exponen ya á los desgraciados parisienses á sufrir excepcionales condiciones de existencia. Para estar en *movimiento*, como se decía hace veinte años, en *tren*, como se dice hoy, ha de tener fiebre el parisiense trescientos sesenta y cinco días al año—y trescientos sesenta y seis el año bisiesto.—Cada mañana vuelve á empezar la batalla de la vida, recia y furiosa, exigiendo un incesante gasto de fuerzas físicas é intelectuales. ¿Se descansa á lo menos de noche?

Uno de nuestros cónsules, de regreso del Asia, observaba que en París llevamos todos en la cara la marca del insomnio.



Tipo de las fuentes Wallace

A estos desgraciados que no pueden ya dormir, á estos febricitantes hay que darles siquiera aire puro ó poco menos. Ahora bien, este aire faltaba. La sorpresa fué grande el día en que un sabio imaginó analizar el aire de París y descubrió en él mil cosas irrespirables y un número de bacterias espantoso.

En la ciudad, demasiado densa, se abrieron zanjas. De vez en cuando se derriba un viejo barrio del valor de una buena subprefectura. A través de las vías tortuosas, con viejas y amadas casas y sus estrechas encrucijadas, se abre paso rectilíneo una avenida nueva y espaciosa. Es preciso que corra el aire; es preciso que pueda tomar vuelo para barrer en un remolino el nocivo pueblo de los microbios.

Los bulevares de Strasburgo y de Sebastopol reunidos realizan este ideal sanitario y pueden citarse por ejemplo de los aparatos de ventilación edilitarios. París es actualmente una de las ciudades mejor ventiladas del mundo. En un cubo de aire recogido cerca de la casa de la ciudad sólo se recogen 1.880 bacterias en invierno y 5.750 en verano. Estas cifras son extremos: el término medio de la recolección es de 3.975 por metro cúbico. Nótese que en un cubo métrico de aire recogido en Montsouris, sólo se encuentran por término medio 450 bacterias.

Reducir en los barrios populosos el número de estos parásitos del aire, destruir estos organismos microscópicos, combatir estos eschizófitos, desembarazar el medio parisiense de estos invisibles compañeros, que traen la fiebre tifoidea, la viruela, el sarampión, la escarlatina, la coqueluché y todas las enfermedades cimótiças, tal es el objeto perseguido, tal la cruzada emprendida y continuada con tanta discreción como ahínco.

Después del aire, el agua.

Tres receptáculos de cristal yuxtapuestos y alimentados de agua corriente, permiten á los visitantes de los pabellones de la ciudad despreciar con perfecto conocimiento de causa el agua amarillenta del Sena, concebir serias dudas sobre la calidad del Ourcq y admirar el manto de agua del Vanne que tiene la transparencia y dulzura de esas piedras preciosas, tan buscadas en otro tiempo, y un tanto desestimadas hoy, que se llaman aguas marinas.

París que ha ensuciado sus ríos, el Sena, el Bievre, y trasformado en cloaca el Menilmontant, París tiene sed, París quiere beber; necesita agua clara, agua pura. Que se traiga de un valle sombrío un Voulzie cantado por un Hegesipo Moreau, ó algún otro riachuelo desconocido, sólo cantado por los ruisseñores, y el gigante se lo beberá de un tirón. En provincias se le buscan ríos disponibles que quieran entrar en condiciones en sus depósitos, regar sus parques, inundar sus calles, llenar sus cubas, hervir en sus ollas, y si es necesario, trasformarse en vino en sus bodegas. ¡Oh! el agua lo ha hecho todo, hasta Fuentes luminosas, y lo que vale más aún, hasta fuentes Wallace.

Como un juego de trompetería de los grandes órganos, la serie de tubos de conducción de las aguas escalona sus calibres en medio del pabellón. En los más gruesos puede dormir cómodamente un hombre; por los más pequeños apenas podría pasar un ratón. Un juego de llaves ó espitas bien combinado completa el sistema arterial de la ciudad. Por estos conductos se distribuyen diariamente más de 450.000 metros cúbicos de agua.

Pero antes de repartirse en las casas, en las calles y jardines el agua que viene de lejos, reposa en palacios mágicos, como no podrían imaginar los narradores de cuentos fantásticos, pero que realizan los ingenieros. Se conocen los más grandes, los de Montrouge y Menilmontant. El construído últimamente, el que domina á París desde lo alto de Montmartre, figura en la Exposición por sus planos y relieves. Con su aspecto de

bastión, este gran depósito flanquea la iglesia del Sagrado Corazón. Un proyecto, expuesto también, dispone en la falda de la montaña parisiense, por debajo de estos dos monumentos, un *square* accidentado y encantador, que tendría por límite inferior la alineación de la plaza de San Pedro.

Es de desear que se ejecute cuanto antes este proyecto, porque vendría á completar felizmente la serie de los jardines, nidos de verdura deseminados en nuestros barrios y distritos urbanos para mayor alegría de los niños y de los pájaros, dando á París un atractivo más.

En las concepciones de la ciudad, todo se encadena. El *square* y la alcantarilla colaboran en una obra común de saneamiento: el trabajador de abajo arrastra el mal, y el jardinero de arriba siembra la salud. No despreciemos lo que es oscuro; admiremos antes el bien que se hace á la sombra. Sin descender bajo tierra, podemos notar, deteniéndonos ante el plano de las cloacas, el estado de adelanto de ese gigantesco trábajo, que los siglos pasados no supieron hacer y nuestro siglo verá terminado. Cada paso dado por el albañal es una víctima más arrancada á la fiebre tifoidea: en la repugnante sombra de los colectores se hace salud y vida.

La obra de la administración, desde el punto de vista en que la consideramos, no es otra cosa que una incesante batalla contra la muerte. En esta lucha suele triunfar la muerte. Esta se ha arrojado á veces sobre la ciudad, la ha tomado violentamente y diezmado sus habitantes. ¿Es preciso evocar éstos dolorosos recuerdos? ¿Es menester recordar el cólera de 1832 y el de 1849? París ofrecía entonces á su terrible enemigo, entrada por muchos puntos. Las calles eran estrechas, y el arroyo, á veces pestilencial, corría por en medio de ellas. El agua que mata llenaba los bajos; el agua que purifica corría escasamente de contadas fuentes públicas. El aire insalubre, el aire sin sol, el aire sin luz se detenía entre las casas, se estancaba en patios semejantes á pozos. El aire que vivifica no penetraba en la ciudad. Al rededor de nuestras viejas iglesias, viejos cementerios formaban focos peligrosos y los muertos enterrados hacían muertos.

En sesenta años de labor tenaz se ha conseguido modificar profundamente este estado de cosas. La obra de saneamiento, emprendida por todas partes á la vez, ha continuado porfiadamente. Los pequeños cementerios destruídos, los grandes cementerios atajados en su desarrollo y contenidos en su devoradora actividad, la fosa común llevada *extra muros*, inmensos campos de reposo abiertos en los afueras, formidables expropiaciones en la ciudad, aberturas gigantescas, ríos traídos á toda costa, máquinas elevatorias construídas, reglas de higiene más estrechas impuestas á los habitantes, servicio de limpieza, es decir de barrido y riego hecho con instrumentos adecuados, plantaciones de árboles que diseminan el valor de un bosque en nuestros distritos, todo esto ha contribuído á la trasformación necesaria de París.

Pero quedaban en pie muchas casas, viejos testigos del París sórdido, saturadas de miasmas, desprovistas de todos los medios de acción que los progresos de la higiene han dado á la salubridad; y después de haber combatido la muerte en la calle, ha sido menester atacarla en las casas en que se había instalado, y en este otro campo de batalla no ha terminado aun la lucha.

Por eso ha parecido útil herir la imaginación de los parisienses oponiendo en los pabellones del Campo de Marte dos tipos de casas: la casa insalubre en un lado; la salubre en otro. Entrad en la primera. El decorado, á la manera naturalista, es tan chocante, las paredes son tan negras y leprosas, el patinillo interior tan oscuro, húmedo y sucio, que